

La orientación profesional de las chicas en un texto escolar de finales del siglo XIX

A school book used as an example to explain the professional orientation of girls at the end of the 19th century

Pilar Ballarín Domingo

Universidad de Granada

Recibido: 12 de noviembre de 1994.

Aceptado: 20 de diciembre de 1994.

BIBLID [1134-6396(1995)2:2; 345-359]

Los libros de lectura aprobados para el uso de las niñas en las escuelas públicas, en el siglo XIX, son una rica fuente donde se entremezclan informaciones sobre el modelo aspirable y la realidad existente. En ellos es difícil interpretar si la insistencia, sobre determinados aspectos de su conducta en el orden social y moral, es indicativa de la escasez de dichas conductas o fruto de la tradicional desconfianza sobre la sumisión de las mujeres al papel asignado.

Por lo general, estos textos que se multiplican en la segunda mitad del siglo XIX en España, como consecuencia de la escolarización obligatoria de las niñas, siguen un esquema bastante común. La vida cotidiana familiar de la burguesía urbana —modelo de orden a divulgar— es el marco en que se presenta a una protagonista: niña modelo, que es guiada a lo largo de la obra por su madre. El buen hacer doméstico de la madre, dechado de virtudes morales, dedicación, abnegación y prudencia, son ejemplo “vivo” que suele acompañarse, en los textos, de los consejos eruditos del padre y, en ocasiones, morales del sacerdote.

De esta forma la educación familiar, que durante muchos años seguirá considerándose la fórmula más adecuada para la formación de las niñas, se trasladará a la escuela pública.

La niña “modelo”, ejemplo de sumisión, reproducirá, a su nivel, el modelo de la madre. Virtud y belleza se presentan juntas. En algunos casos, estas historias de familia se continúan acompañando a las chicas en todo su proceso escolar y la “niña modelo” aparece en el siguiente texto ya de “madre modelo” de forma que pudieran las niñas apreciar los “maravillosos” efectos de tan “esmerada” educación. Este es el caso *Escenas de Familia*, continuación de *Flora*. De Pilar Pascual de Sanjuan.

Los contenidos se centran en los trabajos domésticos acompañados de

constantes preceptos y normas morales. Solo aparecen esporádicas informaciones muy elementales sobre botánica, zoología, higiene, etc... La presencia de la palabra del padre contrasta con el ejemplo de la madre, el padre "dice", la madre "hace". Así lo expresa un texto:

Margarita, gracias a los consejos de su cariñoso padre y al ejemplo de su mamá, podía pasar como un dechado de excelentes cualidades morales ¹.

Entre otros rasgos comunes a los textos queremos señalar la limitación al deseo de saber. Solo se consideran propios los conocimientos útiles al servicio de la felicidad familiar. La curiosidad, reconocida como virtud para el desarrollo científico en el caso de los niños, será considerada un vicio en las mujeres: "La curiosidad que perdió a Eva, mató a esta niña" ² reza una máxima al final de la lección.

Ser mujer se presenta como una "misión", exclusiva profesión de las mujeres. No faltan, sin embargo, en algunas obras, consejos sobre aquellos trabajos a los que puede dedicarse una mujer caso de ser humilde o no tener un padre, marido o familiar que lo haga por ella. Es por esto que hemos elegido el texto de Aurora Lista: *Luisita*. Barcelona, Imprenta y Librería de Montserrat, s.a., para ilustrar esos otros trabajos.

Aurora Lista, es el seudónimo de Luisa Torralba de Martí, barcelonesa nacida en 1850, que también escribió bajo el seudónimo de Antonio R. del Castillo y cuya numerosa obra, olvidada como tantas otras, ha sido rescatada por María del Carmen Simón Palmer ³. Entre los dieciocho libros y veintidós artículos de esta autora que recopila M. Carmen Simón no aparece esta pequeña obra aprobada para servir de texto en las escuelas.

El esquema de la obra, con pequeñas particularidades, es el anteriormente descrito. La niña modelo, Luisita, huérfana a los trece años abandona el colegio y en asunción de la responsabilidad maternal a ella asignada se va a un pueblo de montaña a cuidar al recién nacido. En el pueblo acudirá, junto con una amiga, a que el cura del lugar les instruya.

Los textos seleccionados responden a las informaciones que, sobre oficios y profesiones, les va transmitiendo el sacerdote de forma intercalada con ligeras nociones de botánica, zoología, etc..., siguiendo el estilo que, como decíamos, es usual en este tipo de cartillas escolares. De esta forma se presentan a la niña "pobre", la amiga del pueblo, las posibilidades de ejercer un oficio honrado y

1. FERNÁNDEZ, S. C. y RUIZ, M.: *La Perla del Hogar. Principios de lectura para niñas*, Madrid, Saturnino Calleja, 1898, p. 8.

2. GARRIGOS, Fernando: *La hija de la casa*. Valencia, Imp. de Antonio López y Compa, 1917, p. 12.

3. SIMÓN PALMER, María del Carmen: *Escritoras españolas del siglo XIX. Manual bio-bibliográfico*. Madrid, Castalia, 1991, pp. 692-695.

no dejar de ser "femenina". Es muy elocuente el texto seleccionado en este último sentido, ya que, tras las ofertar como posibilidad convertirse en ribetedora, pantalonera, chalequera, modista, peinadora, gorrista, planchadora, bordadora, florista, corsetera, corbatinera, oficiala de almacén, expendedor, encuadernadora, telegrafista, telefonista, maestra, profesora de piano, de idiomas, de dibujo e institutriz; se desarrolla, bajo el epígrafe "feminismo", una ridiculizante escena sobre la posibilidad de convertirse en médica, abogada o ingeniera a las que se califica de *mujeres que se han pasado al otro sexo*. Concluye esta selección con la última de las ocupaciones abordadas en el texto, la de escritora, muy ejemplificante de como "el silencio" se sigue presentando a las mujeres como el máspreciado atributo de la feminidad.

CAPÍTULO XVIII

Conque no hay pan partido entre vosotras, dijo don Rafael, viendo entrar a Luisita y María cogidas del brazo; bien lo sentiréis cuando os tengáis que separar.

—Es que yo no quiero separarme nunca de María —respondió aquélla.

—Puedes llevártela de doncella, de todos modos su madre tiene la intención de ponerla a servir, y ¿dónde mejor que en tu casa? Sólo que Pepica es una cabra montuna y no estará nunca en disposición de reemplazar a su hermana.

—No quiero sea mi doncella, sino mi compañera —advirtió Luisita; —en cuanto a Pepica, de mi cuenta corre domarla.

—Y no harás poco si tal consigues; no me atrevería yo a esperar tanto.

—¿Sabe usted lo que yo quisiera, señor Cura? Pues aprender un oficio, mejor que ponerme a servir —indicó María.

—¡Oíga! ¿Y qué oficio quisieras tú?

—Eso sí que no lo puedo decir, porque conozco muy pocos y con tal que me permitiera ganar el pan honradamente...

—Pues sí que hace bien —intervino Luisita, —porque bueno es servir con amos que sean como Dios manda, pero hay de todo; y luego decía mamá, que las mozas de servicio, como están acostumbradas en casa de los señores a vivir a lo grande, en cuanto se casan no se avienen a sus estrecheces.

—Corriente: pues de aquí unos pocos días os dáis una vueltecita por aquí que yo me iré enterando.

—Sí, señor; no corre prisa —dijo Luisita.

CAPÍTULO XIX

Bien venidas las dos tortolicas, decía el señor Cura algunas tardes después, viendo entrar a Luisita y María.

—Bien hallado nuestro buen Padrecito que nos a contar muchas cosas buenas y bonitas —respondió Luisita, la cual le daba tierno nombre desde que lo había tomado por director espiritual.

—Y lo primerito va a ser hablaros de algunos oficios, a ver cuál elige María.

—Diga, señor Cura, que ya estoy yo penadita por oírlo —respondió aquélla.

—Pues he tomado mis informes, y vamos a empezar por los pies.

Ribeteadoras, que ya apenas se les da ese nombre por ser poco lo que se ribetea, lo que más hacen es coser a máquina, trabajo cansado para emplearse en él todo el día; pero si lo alternan con otro, a mano, puede pasar y no suele estar mal retribuido.

Sastra. Si trabaja en el taller, revueltos hombres y mujeres, no me gusta ni te lo aconsejo; pero trabajando en su casa, como son las llamadas *chalequeras* o *pantaloneras*, ya es otra cosa; también las hay que se dedican a las chaquetas y americanas cuando el trabajo es poco esmerado, por más que la última, es prenda que generalmente pertenece al oficial, quiero decir, que en ella se emplea. Las chalequeras y pantaloneras, si son hábiles y listas, pueden proporcionarse un buen jornalito, pero hay el inconveniente de los meses de calma, en los cuales el maestro sastre tiene sólo alguna que otra prenda. Aquél entrega la pieza (chaleco o pantalón) cortada, lo mismo que los forros, entretelas, etcétera, y la oficiala tiene que ir colocando todas sus partes, hilvanarlas, coserlas y plancharlas, entregándosela terminada enteramente.



Modista.

Para aprender el oficio puede ir a la sastrería, o mejor que se lo enseñe una oficiala entendida, y practique con ella un poco de tiempo; excuso decirte se necesita máquina de coser.

También ganan su jornalito las que se dedican a cortar y coser sotanas y manteos para sacerdotes.

Modistas. Por punto general toman las *aprendizas* de nueve a once años, y las dedican especialmente a llevar y traer recados, muestrarios y encargos referentes al oficio.

Tú cres ya muy talludita para eso y tienes que entrar en un taller sabiendo coser siquiera medianamente.

—Eso corre de mi cuenta, Padrecito, y le puedo asegurar que María cose y es bastante bien, aunque donde adelanta que es un prodigio es el leer y escribir.

—Bueno, bueno, pues sigo con la modista: después de saber coser se necesita disposición y gusto innatos y educados: quiero decir, que la moda es muy tiránica, las señoras, sus devotas, muy exigentes; y que para ser una chapucera vulgar, vale más tomar otro oficio. En cambio, la que tiene cierta disposición natural y algo a modo de vis artística —si me permitís la frase— con dos o tres años de practicar en el taller de una acreditada modista, estará apta para trabajar por su cuenta, yendo por las casas, de modo que puede sacar de tres a cinco pesetas diarias, acabando por establecer y dirigir un taller.

Os he hablado de las modistas de vestidos. De las que se dedican a hacer sombreros para señora, no hay que añadir sino que aun se necesita mayor disposición y gusto artístico.

—¿Qué tal? Me he enterado bien de todo, siendo cosas tan ajenas a mi ministerio y modo de ser, solo por complaceros.

—Que el Señor se lo pague, que el Señor se lo pague —repitieron las dos amigas.

—*Peinadoras.* También me han dicho que las hay. Yo pensé no había sino peluqueros, todo sea por Dios. Pues asimismo procede tener la mano experta y además ligera y suave para que no lastime. Es oficio que resulta cansado por haber de acudir aquí y allá, casi a las mismas horas. Para aprenderlo, generalmente se acompaña a una buena peinadora, y por último se practica con ella.

Lo peor que tiene es que suelen dedicarse más de las que fuera menester, y hay que tener su dosis de paciencia para dar gusto a las parroquianas y estar al tanto de cuando la moda pide cocas, bandas o *bandós* (bandeux); o si le da el naípe porque se haya de llevar en la cabeza el promontorio de Montblanc, o la frente cubierta de telarañas.

Luisita y María celebraron con francas y alegres carcajadas la ocurrencia del señor Cura.

CAPÍTULO XX

Algunas tardes después Luisita y María volvían a la Casa Parroquial.

—Y bien —preguntó D. Rafael a la última, ¿por cuál de los oficios te has decidido?

—Por ninguno, señor Cura; respondió la zagala.

—A ver si nos resultas tan difícil de contentar que no haya uno que te cuadre.

—Quedan aún muchos por decir intervino Luisita.

—Pues allá vamos con otros pocos:

Gorristas. Se suele entrar de *aprendiza* en casa la maestra, el trabajo consiste en costura a mano y a la máquina, colocar forros, viseras y desudadores; la que lo hace con primor y listeza puede ganarse su jornalito.

Planchadoras. Trabajo fatigoso y pesado, pero que se aligera en los primeros días de la semana; para cargar de firme en los últimos y en todas las visperas de festividades. Cuando yo era estudiante tenía una planchadora frente a mi balcón; levantábame para estudiar a las cinco o a las seis de la mañana; si al abrir los postigos veía encendido el quinqué de la planchadora, se me alegraba el corazón, señal segura de que la fiesta estaba próxima; pero si permanecía el taller a oscuras y cerrado, no había que pensar en gollerías.

No es mal oficio si se llega a adquirir buena y segura parroquia, pero las planchadoras abundan en demasía y no suele haber trabajo para todas; para este oficio como para el de modista, peinadora y todos en general, se necesita agrado, limpieza, actividad y paciencia.

Bordadoras. Las hay que se dedican a bordar en oro, en sedas, o en blanco, se necesitan manos muy primorosas para sacar un buen jornal, las chapuceras y aun las medianías ganan menos en éste que en otros oficios.

Floristas.

—Eso deberías tú ser, María, y vas a ensayarte ayudándome a hacer unos ramos muy hermosos para esos jarrones de cerámica que ha hecho Teresina y estrenará la Virgen el mes que viene —saltó Luisita. —Mi mamá me enseñó en los ratos que la enfermedad que padecía le daba algún descanso; no soy ninguna florista ni mucho menos, pero lo entiendo un poco; verás: si deseas formar un clavel, cortas los moldes o patrones con papel de seda de color que quieras antes sujetas unas barbillas de pluma a un alambre, rizas aquéllas con la tijera y cubres éste de papel verde, en seguida le vas poniendo los moldes; los cálices y las hojas los venden hechos, solo que hay que pegar a éstas el alambre y cubrirlo a su vez de papel; luego se incorporan al talle y recubren con más papel verde para disimular la unión.

También las hacíamos de seda, o de tela de hilo o algodón. Figúrate una rosa; se unen al alambre los estambres y los pistillos que se compran a parte, se cortan, coloran y brunen muy bien con un molde o bola de hierro, las hojas o (pétalos); una por una con las pinzas se van colocando por capas y pegándolas con goma, hasta que la flor está bien redondeada, entonces se le pone el cáliz y las hojas como en los claveles. ¡Si vieras el gusto que da trabajarlas, se le pasan a una sin sentir las horas!

—Ea, ya tenemos oficio para María —terminó jovialmente el buen Párroco.

—No lo crea usted, señor Cura; me gustaría aprender a hacer flores para ofrecérselas a la Virgen, pero no es ese el oficio que yo deseo.

—¡Caramba con la palurda —exclamó el buen señor; —que nos va resultando tan melindrosa como la más encopetada damisela!

—Pero mujer, ¿por qué no te gusta un oficio tan bonito? —preguntó Luisita que probaba la hiel del primer desencanto.

—Me cansa tener que hacer todo el santo día una misma cosa —respondió María.

—Vamos, que en la variedad está el gusto —dijo el señor Cura, —pues dejémoslo para otro día, a ver si se presenta eso que tú deseas, o lo tenemos que inventar nosotros.

...

CAPÍTULO XXI

...

Iba el buen Párroco a comenzar la explicación cuando saltó María diciendo:

—Dispense usted señor Cura, pero ¿y los oficios? Siempre los decía V. antes de explicar otras cosas.

—Tienes razón, muchacha, y allá voy con ello, aunque por más que cavilo no acierto a dar con uno tan a gusto que no haya de hacerse la misma cosa, porque oye y verás.

Corseteras. ¿Qué van a hacer sino corsés? *Encajeras.* ¿Pueden hacer otra cosa que encajes?

Corbatineras. He aquí un oficio bonito y que puede hacerse en casa, llevando del almacén las corbatas cortadas y dispuestas. Yo sé de señoritas que en eso se ocupan, no por necesidad, sino para echarse lo que ganan en moñas y cintajos, porque no les basta con lo que sus papás les asignan para vestir. También las hay que bordan, otras hacen nubes de malla y laborcitas semejantes; y pensad que si las tales señoritas han de estar ociosas balconeando, leyendo novelas o arrancándole tiras del pellejo al prójimo, bendita ocupación, por más que siendo muchas manos a trabajar, abaratan el jornal de tal modo, que las pobres que tengan que vivir de él no les alcanza, o no encuentran trabajo, que es la más negra.

Por eso las señoritas deben ocuparse con preferencia, pero asiduamente, en los quehaceres de la casa, hacerse la ropa blanca y la de toda la familia, repararla, zurcirla y remendarla cuando conviene confeccionar los trajes, al menos los de diario; y si sobra tiempo se trabaja, para los pobres, en casa o en los Roperos de las Conferencias; se hacen hilas para los Hospitales, se toma a cargo la limpieza y adorno de un altar de la iglesia, se confeccionan delicadas laborcitas para los Sagrarios; ornamentos sacerdotales y para el

culto, dedicados a las misiones; ya véis si hay campo para trabajar, y así debe hacerse, porque de las señoritas ociosas, *liberanos Dómine*; prefiero se dediquen a hacer corbatas y nubes para echárselo en perifollos, que es como si lo tirasen a la calle.

Bueno, pues, sigamos con nuestro cuento:

Oficialas de almacén. Suelen ganar de cuatro a doce duros mensuales, según los establecimientos y las poblaciones. En el escritorio llevando las cuentas, ganan más y tú, María, que según me ha dicho el papá de tu amigueta, tienes especial disposición para la aritmética, acaso hallarás ahí tu ideal.

—Tampoco es ese, señor Cura.

—Pues mira, ya no sé qué decirte, y basta por esta tarde, a ver si mañana se me ocurre otra cosa. Digo, he aquí un oficio u ocupación que te permitiera variar.

Paisajistas, llamémoslas así, porque se dedican a pintar abanicos, tarjetas postales, estampas, acuarelas y otras cositas de poca monta, pero que pueden proporcionarles un bonito jornal sin fatigarse; y si es por variar, en tu mano estaba no pintar dos veces una misma cosa, sino que ahora trazo una marina, ahora unas montañas; aquí flores y allí rábanos o zanahorias o lo que te viniera a deseo, trabajo te mando si habías de acabar con todo lo que puede reproducirse.

—Pero, señor Cura —respondió riendo la zagala, —¿no ve usted que todo sería darle a los pinceles y los colores?

...

CAPÍTULO XXII

Vamos a ver, Padrecito, deciale Luisita a la siguiente tarde, ¿cuántos oficios le va V. a decir a María?

—Me voy temiendo que a María le pase lo que a Bertoldo, que no encontraba árbol a su gusto para ahorcarse.

—Pues mire usted, dijo la aludida riendo, que yo no le estoy molestando a humo de pajas y que para quedarme donde estoy o ponerme a servir no había por qué cansar a nadie.

—Adelante: pero si te digo que es una cosa descansada y a propósito para niñas despejadas y listas como tú, el expender billetes en las taquillas de los ferrocarriles, me saldrás con la canción de siempre; si pasamos a los talleres de encuadernación, veremos a unas operarias formar los pliegos del libro por medio de plegadoras de boj, otras cuentan aquéllos ampliándolos sobre mesas dispuestas al efecto; las de más allá se ocupan en coser los libros con hilo encerado sujetos a unos bastidores exprofeso. Y así cada una va a su avío, sin esos tiquis miquis que tú me gastas, señora Marquesa de la Dificultad, antes se alegran de hacer siempre una misma cosa, puesto que es el modo de practicarla y adquirir esa destreza que pasma al que las observa, y reeditar más ganancias a su bolsillo.

—Qué quiere usted, señor Cura, cada una tiene su modo de pensar y yo, para hacer una cosa que no sea de mi gusto, prefiero quedarme en mi casa.

—Y muy bien que estarás en ella y como parece que la poca o mucha hacienda prospera que es una bendición, no estarías de sobre tú y Pepica, la que de paso sea dicho, va poniendo mucho juicio y está desconocida de poco tiempo a esta parte.

...

CAPÍTULO XXIII

También hay señoritas *telegrafistas*, necesitándose sólo saber leer bien, escritura clara, correcta y rápida y manipulación de los sistemas Morse y Hughes.

Telefonistas. Menos necesitan aún: ser listas para atender a las múltiples señales y tener la cabeza firme para llevar el casco metálico, por cierto bien molesto, que les facilita la audición. Es profesión que fatiga por la tensión nerviosa en que hay que estar para a la vez oír, contestar, discutir y permanecer de pie largas horas frente al aparato.

Maestras. Creo llegado el caso de ocuparnos de ellas.

Maestras de primera enseñanza, Elemental, Superior, Normal y de Párvulos. Los cursos de la Superior y Normal comprenden estas asignaturas:

Lengua española.—Lectura expresiva y Caligrafía.—Religión y Moral, Aritmética y Geometría.—Historia y Geografía en General, y en especial de España.—Nociones de Física, Química, Fisiología e Historia Natural.—Pedagogía, Organización y legislación escolares.—Pedagogía especial, aplicada a los sordo-mudos y ciegos.—Nociones de derecho en su aplicación a los usos comunes de la vida.—Nociones de Literatura y Bellas Artes.—Higiene general y economía doméstica.—Francés.—Dibujo.—Canto.—Gimnasia de sala.—Labores y Práctica de la enseñanza.



Por lo dicho comprenderéis no se trata ya de oficios, sino de una carrera a la cual los adelantos modernos y las exigencias de la sociedad, irán pidiendo mayores conocimientos.

Para mí esto no implica sino mayor tiempo invertido en el estudio y una inteligencia más clara y cultivada para apropiarse sus materias. Pero así la Maestra elemental de un pueblecito de estas montañas, como la ilustre Directora de una acreditada Casa de educación, son igualmente acreedoras al respeto y la estimación común; son beneméritas de la sociedad y la familia; su ciencia —hablo por supuesto de Maestras cristianas— estriba en la Pedagogía, en el arte de instruir y educar, en la conducción de la niña... ¿A dónde? Al ejercicio de la vida con sus luchas y sus reveses; a la sociedad, apta y dispuesta para ser la rueda de engranaje que contribuya a su marcha hacia la virtud y el bien, no la piedra de escándalo, causa de su desequilibrio y retroceso, no el puñado de lodo que la mancille.

La Maestra secunda a la madre y a menudo la suple por entero.

¿Qué sería de esas niñas cuyas madres vienen obligadas a ganar el fatigoso y para el jornal de la mujer, siempre escaso pan de la familia, sino fuese por la Maestra?

¿Qué sería de las hijas de esas señoras que se levantan a las once o doce del día para pasar de la cama al tocador, del tocador a la mesa, de la mesa al salón y de éste al teatro y la *soirée*, sino hubiera otras madres que vinieran a hacer sus veces?

Pero aun aquellas madres que cumplen con sus deberes de tales, son en mi sentir menos dignas de encomio que la Maestra que llena fiel y exactamente la medida de los suyos; aquélla acepta la obligación que Dios le ordena; ésta, libre y voluntariamente se la impone; la madre ve en la niña, objeto de sus desvelos, su prenda regalada, la hija de sus complacencias, su orgullo, su consuelo y apoyo para el porvenir; la Maestra solo puede mirar en la que va a ser causa de su solicitud y cuidados, la hija ajena, la niña prestada, que le arrebatarán mañana, acaso sin una frase de afecto, ni una mirada de gratitud: tal vez con quejas y reproches porque no quiso hacer de una ridícula muñeca, una mujer útil para la vida.

Pajarillos que llenan el nido, y a los cuales a costa de grandes tesoros de solicitud y paciencia, de verdaderos sacrificios, va dando la Maestra el alimento intelectual y moral, para que con él vigorizados y ya crecidos, levanten el vuelo para no volver y olvidar muy en breve a aquélla de quien recibieron enseñanzas tan hermosas y útiles.

El magisterio entraña la bondad y el amor, solicitud noble y generosa por el perfeccionamiento de la humanidad, celo ardentísimo del bien de las almas; pero tienen por premio las grandes ingratitudes, que Dios compensará según su justicia y su incommensurable munificencia.

Mas ¡qué estoy encareciendo, hijas mías, con mi torpe lengua, si basta considerar que cuando Jesucristo vino entre los suyos no quiso que le llamaran Padre, ni Hermano, ni Redentor o Salvador, ni siquiera Mesías, sino Maestro, Rabi! ¡Oh, cuán dulce y gratamente sonaba ese nombre a los oídos

del amantísimo Jesús, y con cuánto respeto y cariño debieran pronunciarlo siempre nuestros labios!

D. Rafael calló, dirigiendo la vista a sus oyentes.

Con la boca y los ojos muy abiertos quedóse, mirando el hermoso e interesante grupo que tenía delante.

Luisita y María, anegados los hermosos ojos en lágrimas dulcísimas; sonrientes y palpitantes habían enlazado sus brazos y unido sus agraciados rostros.

La luz se hizo en la mente del señor Cura y

—Acabáramos —exclamó; —para decirme que querías ser Maestra no era menester gastar tanta saliva.

—Dispénsenos usted, Padrecito —dijo Luisita, —ese es otro favor que tenemos que agradecerle ya que conociendo todos los oficios, es más firme y decisiva su resolución. ¿Y no sabe usted otra cosa?

—Hasta que no me la digas...

—Pues que le he tomado gusto al oficio, y no le suelto; quizás no llegue a servirme, pero el saber no ocupa lugar y si, lo que Dios no permita, papá me faltara, no quiero estar a merced de mis hermanos, pudiéndome valer yo misma.

—¿Conque os tendremos a las dos Maestras?

—Sólo que yo —dijo María, —seré una pobrecita Maestra elemental, y esta todo lo que haya que ser en el mundo.

...

CAPÍTULO XXIV

Ya no hay más que hablar de las profesiones de la mujer, puesto que ambas habéis elegido la vuestra, decía don Rafael a la siguiente tarde.

—Eso no importa, Padrecito, para que prosiga usted sobre el mismo tema —respondió Luisita, nos gusta mucho oírle, y de paso ilustra y dirige nuestro pobre criterio.

—¿Qué dices tú a eso, María?

—Que desco con toda mi alma saber para lo que servimos.

—¡Mire qué curiosa! Pero la curiosidad no es mala cuando se dirige a indagar cosas buenas y útiles, y se obra dentro de la prudencia y la discreción; pues por mi parte tengo mucho gusto en complacer a mis dos tortolicas y allá voy con mi pleito.

Bonita profesión y bien remunerada, si quien la ejerce está a la altura apetecida, es la de profesora de música, piano, arpa; de canto, de idiomas, dibujo y pintura, etc. Suele suceder a esas señoras o señoritas, lo que a los médicos especialistas, que dedicándose a una cosa sola, son los que más ganan; pero hay que ser una verdadera especialidad unos y otras. Las profesoras de piano y canto, sobre todo, se hacen pagar bien las lecciones, y como suelen darlas en su casa y a domicilio, pueden proporcionarse un regular

haber con el cual atiendan desahogadamente a sus necesidades; o ser valiosa ayuda a la familia, si la tienen.

Es asimismo profesión muy simpática, la de Institutriz, y medio de que muchas señoritas que acaso no lo tienen propio, hallen un hogar que les presta abrigo y sombra, subviniendo a las necesidades de la vida.

Como todo oficio tiene sus quiebras, claro es que no siempre esas interesantes jóvenes están atendidas y consideradas como su educación y abnegado proceder merecen. Depende todo ello de la casa donde se meten, aunque no es siempre posible escoger. Con que sea (la casa) sólida y verdaderamente cristiana, sin ficciones y grandezas de similor, tiene la institutriz mucho adelantado para pasarlo bien y tranquilamente en el seno de aquella familia, de la cual en algún modo va a formar parte.

Por la suya debe ser afable, prudente, laboriosa y sufrida. Cifrará su deseo en hacerse amar de todos; su ambición en cumplir fiel y exactamente su deber; su orgullo, en que las niñas encargadas a su solicitud y cuidado sean más intruídas y mejores que las otras.

Recuerdo a cierta Maestra de novicias, que cuando alguna jovencita le hablaba para entrar en Religión le decía:

—“Mira, Fulanica, que aquí lo primero que hay que hacer es meterse el amor propio debajo un zapato.”

Yo no diré lo mismo a las institutrices, porque el caso no es igual. Antes por el contrario, les aconsejaré que se hagan respetar de las niñas, si quieren sacar de ellas algún partido; que guarden cierta dignidad con todos, la cual no está reñida con la modestia y humildad cristiana, pero que al pícaro amor propio, ya que no debajo el zapato, lo tengan siempre de modo que, cuando quiera levantar cabeza, puedan ponerle el zapato encima.

...

CAPÍTULO XXV

Hoy vamos a tratar, dijo el buen Cura, de las médicas, abogadas, ingenieras.

—Ja, ja, ja, interrumpieron en coro Luisita y María.

—¿De qué os reís, muchachas? interrogó aquél.

—De la guasa que nos gasta esta tarde, Padrecito mío, respondió Luisita.

—Pero ¿por qué ha de ser guasa, chiquilla?

—Porque siempre oí decir a papá, que apurado había de verse para dar carrera a mis dos hermanos, puesto que sobran médicos, abogados, ingenieros, etc. ¡De modo que donde sobran los hombres íbamos a meternos las mujeres para morirnos todos de hambre! ¿Y los niños? ¿Y la casa? A menos que cuidaran de unos y otra los señores hombres e hiciéramos el mundo al revés como en las aleluyas, ja, ja, ja.

Y Luisita volvió a reír con toda la boca.

—Y tú, María, vamos a ver ¿a qué esa risa? Supongo que tu padre no se habrá ocupado en informarte de si sobran hombres de carrera.

—Seguro está que no, señor Cura, ni falta que nos hace a padre ni a mi el saberlo, pero ¿quién no se ríe al pensar que la señora médica está amamantando al chiquillo cuando tiene que dejar la cama y al nene que reviente a llorar, para irle a tomar el pulso al enfermo? ¿O que la abogada deje a medio tomar la cuenta a la criada o la lavandera, o tire los calzoncillos que esté remendando, porque la aguarda el cliente o...?

—Pero tonta, si esas señoras ni amamantan a sus hijos, ni toman las cuentas a nadie, ni han tenido en sus manos una aguja en los días de su vida, interrumpióle el señor Cura.

María abrió mucho sus hermosos ojos azules con expresión del mayor asombro y exclamó:

—¿No hacen nada de eso, señor cura? Pues, peor para ellas.

—¡Bien dicho, retebién dicho! —afirmó el sacerdote. —¡Peor para ellas! porque esas mal aconsejadas señoras renuncian a las prerrogativas y los legítimos goces de la mujer a trueque de ser unas pobres ridículas, siempre inferiores al hombre.

Dios, en su infinita sabiduría ha colocado a cada uno dentro de su esfera de acción, dándole las cualidades y aptitudes necesarias para desempeñar satisfactoriamente su destino. Por eso al hombre hále dado la fuerza muscular y la fuerza de la inteligencia; a la mujer, un gran corazón para amar, para perdonar y sacrificarse gustosa, a cambio de un poco de cariño; la ha dotado también de gran viveza de imaginación para que sepa hacerse agradables ciertas monótonas tareas que ella reviste y hermosea con sus propios recursos, como el sol dora e ilumina cuanto toca.

A aquél le señaló espacio ilimitado: los mares que surca, la tierra que labra, la ciencia que investiga, los negocios, las carreras, la lucha por la existencia propia y de los que tiene bajo su potestad, al crearse una familia y constituirse su jefe. A ésta le destina una esfera reducida, pero cuya influencia es tan grande y avasalladora, que lleva en sí la salvación o la ruina de las sociedades y los pueblos: esa esfera, queridas mías, es el hogar.

En el hogar, y sólo en el hogar tiene la mujer trono de reina amable y misericordiosa, cátedra de maestra de sabiduría y prudencia cristianas y palenque victorioso de sus pacificadoras conquistas.

De aquí que los hombres que anhelan la destrucción de la sociedad, o su retroceso a la barbarie, pretenden acabar con la familia, arrancando a la mujer del hogar con esa quisicosa que llaman feminismo. Adulan su vanidad, diciéndole tiene los mismos derechos y ha de tener igual participación en la vida pública; la engañan para hacerla salir de su esfera propia, y burlarse de ella después, cerrándole la suya.

Se necesita tener mucha soberbia y estar muy infatuada, o ser muy tonta para creerlas. Vosotras, con vuestro buen sentido, así la señorita educada en la gran ciudad, como la humilde lugareña, os habéis reído en mi propia cara, y a una y otra se os ha ocurrido la misma objección. ¿Y la casa? ¿Y los niños? Bien comprendéis vuestra misión: reíos, pues, en buen hora, de todo aquél que pretenda separaros de ella.

Dicen que allá en los Estados Unidos abundan más o menos esas mujeres que se han pasado al otro sexo. De allí nos relatan cosas muy raras y hay que tener en cuenta, aparte de lo que puede exagerar y aún desfigurar esas cosas la distancia, que aquél es otro país, otras las costumbres, y otra su religión que la nuestra. Tampoco sabemos cómo les irá a esas señoras después de cerrarse la puerta del hogar; de suponer es que se dejaron dentro el corazón, y es muy posible que más de cuatro lo quisieran rescatar a costa del interés y la toga.

—Oiga usted, Padrecito, y ¿qué nos dice usted de las escritoras?

—Esas señoras merecen capítulo aparte, y el tiempo que nos resta lo hemos de emplear en la Zoología.

...

CAPÍTULO XXVI

Dijimos ayer tarde, queridas mías, comenzó D. Rafael, que Dios ha dado al hombre el predominio de la inteligencia y a la mujer el del corazón, pero esto no quiere decir que aun circunscribiéndonos a su intelecto no haya y ha habido siempre, hijas de Eva que valgan por unos cuantos hijos de Adán, y eso en el terreno vulgar y la vida ordinaria, sin que hayan faltado mujeres verdaderamente grandes, talentos de primer orden en todos o casi todos los ramos del saber humano. Así vemos en Filosofía a una Sta. Catalina confundiendo a los filósofos paganos en las Escuelas de Alejandría; en Medicina, a doña Luisa Oliva de Sabuco, dejar tamañitos a los doctores de su época; cosmólogas como Herrada (cosmología, conocimiento filosófico de las leyes naturales que rigen el mundo físico); latinistas como doña Beatriz Galindo y Luisa Sigea; humanistas como Francisca Lebrija, que substituye a su padre en la Universidad de Alcalá; compositoras como santa Catalina de Bologne; oradoras como Isabel de Foxá y Roseres; legistas y juristas como la señorita Lezardiere y doña Concepción Arenal; escritoras como Mad. de Sevigné y Mad. La Fayette, poetisas como la Avellaneda, y para echar la firma al catálogo de las mujeres célebres, nuestra mística doctora Sta. Teresa de Jesús, seguida de la venerable Agreda y Sor Inés de la Cruz, apellidada Musa décima por los mejicanos, sus compatriotas.

—Nada hay, por cierto, de ridículo en esas mujeres, aunque traspasen la esfera de lo casero y vulgar; porque cuando Dios enciende la luz del genio en las gentes privilegiadas, esa llama tiene que arder y brillar, pese a quien pese; y aquí viene como por la mano la respuesta a vuestra petición de ayer tarde que diga algo sobre las escritoras.

No imaginéis que yo pretenda conceder gratuitamente el don del genio a todas las mujeres que escriban. El verdadero genio ha sido siempre concedido a muy pocos, y estoy por asegurar que aún ese número tan limitado, va siendo más exiguo de día en día.

Concedo, pues, únicamente a esas señoras o a la casi totalidad de ellas,

más o menos talento, mejor o peor cultivado y dirigido; pero es innegable que Dios les ha dado mucha y brillante imaginación, y por lo común gran corazón, o al menos sensibilidad exquisita.

¿Qué harán esas fuerzas condensadas, comprimidas diré mejor, en el interior de la mujer? ¿No vale más abrirles esa válvula de seguridad, dando a su corazón y a su inteligencia, el natural ensanche de estampar al papel lo que concibe y lo que siente, antes de que esas fuerzas se desborden y abran paso quizás por otro harto más peligroso camino?

Escriban, pues, en hora buena las que a ello se sientan llamadas, solo con que tengan en cuenta tres cosas:

Escriban con un fin útil y noble, no por frívolo pasatiempo, llamar la atención y captarse aplausos que inchen su vanidad y desvanezcan su buen juicio, llevándolas por terrenos resbaladizos o vedados, es ansia funesta de notoriedad.

Sean más fieles y exactas cumplidoras de sus deberes y obligaciones que las otras mujeres, para que éstas nunca puedan echarles en el rostro su descuido y negligencia en menoscabo de lo que escriben.

Y finalmente, tengan su cualidad de escritoras tan completa y constantemente olvidada, que los hombres asimismo la olviden y olvidándola, se la perdonen.

Esto en lo que respecta de tejas abajo, que mirando arriba, no hay que pensar sino que Dios nos da los bienes y los dones, no para que los volvamos en contra nuestra y suya, sino para nuestro perfeccionamiento y para su gloria.